



EL SECRETO DE DEDALUS

ÓSCAR BRIBIÁN



Presenta

Colección  A sangre



El secreto de Dedalus

Óscar Bribián Luna

Créditos:

El secreto de Dedalus

Primera edición digital: noviembre 2016

Código: 9785400038635050099

Autor: Óscar Bribián Luna

Ilustración de portada: Óscar Bribián Luna

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: David Jasso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Existe sólo una diferencia entre un hombre loco y yo. Yo no estoy loco.

Salvador Dalí

Dos montañas hay en que domina la luz: la montaña de los animales y la montaña de los dioses. En medio, el valle en sombra de los hombres

P. Klee, 1902, Diarios



DESAYUNO CON FRUICIÓN un revuelto a base de riñones fritos, carne picada y cuadraditos de beicon. Casi la totalidad de mi dieta consiste en carne. Un huevo frito sirve los domingos de acompañamiento a mi temprano plato de jamón curado. El resto de la semana repito el revuelto una y otra vez. Y hoy es lunes.

Cuando termino, el pedazo de riñón quemado aún está ahí, negro como una fea verruga, destacando en el plato salpicado de grasa. Tiro los desperdicios a la basura y froto con el estropajo los restos de carne chamuscada pegados a la sartén, tan fuerte que rallo la superficie metálica. Luego los tiro también a la basura.

Para el postre rebusco en el frigorífico. Encuentro la última lata de cerveza detrás de un paquete de salchichas caducadas. Mierda de salchichas. Cien por cien carne de cerdo, y una mierda. Tengo que

comprar cervezas. El chino de abajo ya estará abierto, o mejor en el Sabeco, aunque tenga que andar un poco más; por lo menos no meten meado en las latas, aunque cualquiera sabe.

Entro un momento en el salón y me quedo mirando el tablero formado por sesenta y cuatro casillas perfectas, blancas y negras. Eterna lucha racial. Un juego realista. El jugador que maneja las piezas blancas es siempre el que mueve primero. Ello le concede una pequeña pero sustancial ventaja: se ha visto que el blanco consigue aproximadamente el cincuenta y cinco por ciento de los puntos en juego frente a un cuarenta y cinco por ciento del negro, en bases de datos que recopilan millones de partidas. Quizás sea el juego más realista que existe. Aquí no hay dados ni cartas que barajar. Las fichas negras siempre tendrán desventaja. Igual que los pobres, o los proletarios, o los tercermundistas, o los herbívoros.

Qxc6. Mi reina blanca tiene hambre. Asesina a su igual, señora africana cubierta de abalorios. Sé que era un cebo, un cebo caro de vender, pero a coste de los mismos puntos. Esta noche la torre oscura aplastará bajo sus cimientos a esta reina lechosa,

insolente y hambrienta. Entonces solo quedarán los reyes en este tablero machista, rodeados de pajes y hembras a caballo.

Llevo un mes con esta partida. La tercera de este reto personal. ¿Quién gana? Yo, por supuesto. Pero el yo nocturno. Hago un movimiento por las mañanas, a primera hora del día, con las fichas blancas. Luego muevo las fichas del otro bando durante la noche. De esta forma trato de demostrarme a mí mismo cuál es mi estado apropiado, mi momento de máximo rendimiento, aquél que debo utilizar para realizar mis esfuerzos literarios, porque es durante la noche cuando demuestro más lucidez. Pero esto contradice la anterior teoría de las ventajas raciales. Bueno, Barack Obama es presidente en Estados Unidos. En cambio el tigre de Bengala se encuentra en extinción. Siempre hay excepciones.

Las baldosas del baño están sucias. Ya no es lo mismo sin ti, mamá. Mañana lo limpiaré, ahora no tengo tiempo. Este espejo siempre me hace delgado. Tengo el metabolismo basal por las nubes. No es normal que esté tan flaco con la mierda que como. Mi abuelo decía que era la tenia. Tengo veintidoce años, ni hablar de los treinta, y ni curva de la felicidad ni

leches. Pero qué coño de felicidad. Imposible alcanzarla nunca. Ahí estás, mancha de Castilla, malformación diabólica, calamidad injusta que me sentencia a la soltería perpetua. En Esparta sería un deshecho. En España soy una vergüenza que nunca nadie verá.

Ya apenas suspiro. Hay otras cosas en la vida. La literatura, el cine, el ajedrez. El trabajo donde las horas pasan muertas. Mi estigma no me impide trabajar. La suerte no me sonríe en ninguna de las dos caras de la moneda. Me doy una ducha caliente para paliar las bajas temperaturas, mientras canturreo algo parecido a Hope There's Someone. Por un momento me imagino filmado por una de las cámaras ocultas de la MTV. El mayor ridículo del mundo. Con o sin sonido.

Me visto con ropa sobria, como siempre. No me gustan los estampados, ni los colores chillones o positivos. Me gusta el gris. Si la pequeña Momo me viera se estremecería. Frío, hace frío en este piso. Esta calefacción es una mierda.

Cuando estoy listo me observo nuevamente en el espejo, pero esta vez solo mi cara está visible. Enjuta y desaseada, empiezan las entradas. Pronto habrá

una bola de cristal sobre mi cuello. Hace años que no me engomino el pelo. Para qué. El don Quijote del siglo veintiuno murió buscando un buen empleo. Pero, ¡eh!, siempre te quedará la cultura. ¡Ja! Qué mierda de cultura tengo, abogado frustrado. Máster en administración de empresas. Máster en calidad. Máster del universo. Leyes que caducan y se olvidan. Menuda cultura.

Recojo las llaves de la mesilla del dormitorio y salgo al patio de luces.

–Buenos días, Sergio.

–Buenos días, señora Borlán, ¿cómo está hoy? –la miro de soslayo mientras giro la llave en la cerradura. Es pequeñita, la llave sí, y también la señora, como una figura de porcelana. Tiene el pelo gris y enmarañado. Ahora barre el suelo, a las siete y cuarto de la mañana. Detrás de ella se esconde un gato, coloreado como roble pálido y jaspeado de manchas blancas. Parece el único de su especie que adora la compañía humana. Nunca se separa de la anciana.

–Muy bien, gracias. Saluda, Horacio, al vecino.

El animal esboza un miau y abre las fauces bostezando. Pobre. Yo le sonrío. Lo que hay que hacer por un platillo de leche caliente. Ver barrer el suelo es lo más interesante que verá hoy

probablemente. Me acerco y le tiendo la mano. Él se acerca pensando que le ofrezco el desayuno. Mis dedos aún huelen a beicon. No, Horacio, que estás gordo. El veterinario te lo ha prohibido. Nada de colesterol, bola de pelo. No tienes botas pero vives como un marqués, aunque no tengas aventuras que contar.

Mientras escucho a Rosario Borlán barrer el suelo como el viejo Beppo, bajo las escaleras con la incertidumbre diaria de haberme dejado algo imprescindible en casa. Siempre desciendo los escalones apoyando mi mano izquierda en la fría balaustrada de hierro, no sea que el edificio se derrumbe y yo me arrepienta después de no haberme asido a ella. No hay ascensor en este edificio viejo y cochambroso de tres alturas. Todo lo que hay en él es antiguo, excepto yo. En la segunda planta no vive nadie. Y en la primera hay dos familias de nigerianos conviviendo, no sabría decir el número exacto de miembros, y una pareja de ancianos taciturnos frente a ellos. Hace apenas dos meses que me mudé. Al principio me pareció acertado que fuéramos tan pocos vecinos y diferentes, porque no existen reuniones de propietarios ni nada por el estilo. Pero reconozco

que alguna vez haría falta hablar entre nosotros. Las esquinas de las escaleras tienen telarañas, en el segundo piso no funciona la luz y yo no sé siquiera quién es el presidente de la comunidad. Probablemente esté muerto.

Abro la pesada puerta del portal, llena de adornos barrocos y filigranas en bronce, y salgo al exterior. La calle es estrecha pero la bruma se cuele aquí como en un desfiladero de montaña. Es el casco viejo de la ciudad. Lugar histórico, donde judíos, moros y cristianos compartieron vida hace muchos siglos. Ahora los árabes han vuelto, y con ellos los africanos, y los sudamericanos, y los chinos: un sinfín de extranjeros. Pero los españoles jóvenes se han ido a vivir a las afueras. Solo quedan ancianos. Yo soy una excepción en un pedazo de ciudad reconquistado.

Marcho rápido hasta desembocar en la calle Alfonso. Es una calle peatonal, plagada de familias por las tardes y atestada de jóvenes ebrios durante los fines de semana. Continúo hasta la calle Manifestación, la antigua decumano, y luego sigo hasta flanquear las murallas romanas y alcanzar la parada del autobús que me llevará a la ciudad del transporte. Siempre me detengo a observar los grandes sillares de piedra. Muy cerca la estatua de

bronce de Cesaraugusto levanta el brazo, magnánimo e impertérrito sobre el pedestal de piedra negra, pese a los exabruptos de las palomas.

Llega el transporte, sarcófago lleno de peones de fábrica y oficinistas con contratos basura. Los triunfadores van en coche, aunque solo sean fachada. Yo me quedo mirando a los conductores de los automóviles de gama alta, con una mezcla de envidia y posterior reflexión alentadora. Ellos piensan que son más, cuando en realidad son lo mismo. Y nosotros, aquí hacinados, pensamos que somos menos. Autobús multicultural, multirracial, multiaxilar. Suerte que no es verano.

Nunca encuentro un asiento libre, pero poco me importa. Yo soy un animal extraño. Un devorador de libros. Del bolsillo interior de mi chaqueta extraigo un pequeño ejemplar de bolsillo de Lovecraft: “la bestia en la cueva”, magnífico. En él me abstraigo, mantengo bien el equilibrio apoyando mi hombro en una de las barras verticales, hasta que la realidad me abofetea con un frenazo y un ding dong anuncia la última parada.

Salimos como ratas en Hamelin. Hace frío y apenas llevo ropa de abrigo. En la fábrica no es necesario. Allí no hay calefacción, pero el calor del

plástico fundido en las máquinas es más que suficiente. En verano, en cambio, el calor es insoportable bajo los techos de uralita. El sonido estridente me recibe en cuanto atravieso el umbral de la puerta de acceso. A la derecha hay un bote de plástico traslúcido colgado en la pared, acondicionado para guardar en él cientos de tapones para los oídos. Yo siempre lo he visto vacío, no sé lo que opinarán los inspectores de trabajo. Bueno, a ellos no les gustan las sorpresas. Supongo que prefieren avisar antes para organizarse ellos mismos. *Vamos a avisar a la empresa Talcual de que el lunes llegaremos a las diez en punto, no sea que estén cerrados y tengamos que volver a nuestro despacho. O peor aún, quizás no tengan café si no les avisamos con tiempo.* Mis deportivas son EPI's perfectos. Mucho mejores para correr en caso de accidente que los zapatos de punta de acero. ¿Verdad, Pedro? Tú vete a almorzar con los distribuidores, que nosotros nos encargamos de todo. El día que me caiga una carga en el pie te sacaré los cuartos.

Entro en el vestuario. Saludo con un tímido buenos días a varios compañeros que se cambian junto a las taquillas. Alguno de ellos me responde con poca simpatía y continúan con una alborozada

discusión futbolística. Cthulhu, devóralos. Ojalá un tentáculo irrumpiera del interior de mi taquilla y los atacase a todos. Puerca fábrica de condenados. No me gusta este mono verde, monotalla, unitalla, ¡qué sé yo! Me queda ancho de caderas y largo de manga.

Antes de llegar a la máquina que hoy me corresponde escucho una llamada por megafonía. Apenas percibo el final de mi nombre y una sílaba del apellido, pero eso me basta para distinguirme. Apenas somos doce trabajadores por turno y ningún otro nombre termina en "gio". Además, el jefe ya me avisó ayer de que quería hablar conmigo.

Pedro Pascual. Así reza el cartelito de la puerta que precede la caseta prefabricada. Podría derribar este chamizo de un soplido, con el cerdo dentro. Pedro el presuntuoso, ¿no hubo un rey que se llamaba así? Menudo monarca. Gordo a reventar. Tiene un A6, por supuesto. Desde luego es más que yo, como el doble de ancho. Debe de tener los bolsillos llenos de dinero, por eso siempre oculta las manos en ellos cuando se pasea por los pasillos de la fábrica, acompañado de algún pobre ingeniero al que explota también.

Me da la mano al recibirme. Yo la estrecho sin mucha fuerza, porque sé que él se crispa si le

encaran. Afortunadamente no me ha pedido que le bese el dorso de la mano. Menos mal, me sentiría como un homosexual besando esos dedos gordos como...

–Buenos días, Sergio.

Buenos días mamón.

–Buenos días, Pedro.

–Siéntate, por favor.

–No, gracias. Tengo que ir a trabajar, Parrilla estará esperando para que le sustituya.

–No te preocupes por eso, siéntate.

Le hago caso. Es mejor no contradecirle. Le ha salido un grano en la nariz que lo afea bastante. No es su mejor día.

–Escucha, hemos tenido problemas con el último encargo que esperábamos –eso me dice, con el semblante tenso y muy serio, como si se acabara de morir alguien, su mujer, su amante, la última prostituta con la que estuvo ayer. ¡Qué más da! Para él todas son lo mismo.

–¿Qué clase de problemas? –simulo interés por la empresa, aunque en realidad estoy pensando en otra cosa: en una patada.

–Mark&Tren ha decidido trabajar con otra compañía. Dice que el margen de error de los

juguetes fabricados aquí es muy superior al que esperaban.

—¿Entonces? —inquiero fingiendo ignorancia. Aquí llega la patada. Bueno, las patadas son rápidas. Esto es lento y doloroso, como si le estuvieran clavando a uno un estoque poco a poco en el pecho. El contrato basura es así. No es basura el contrato en sí mismo, sino el trabajador.

—Lo siento, pero no podremos renovarte el contrato a fin de mes. No es que estemos descontentos contigo. Apenas hablas con tus compañeros, pero trabajas bien. Eso es lo que me importa. Pero si Mark&Tren rompe el acuerdo tenemos que reducir gastos... espero que me entiendas.

Yo asiento con el mentón y aprieto los labios. Qué le voy a contestar a Saturno. Al menos este semidios de tres al cuarto no engulle a sus hijos, solo a los empleados.

—Lo entiendo, lo entiendo —contesto lacónicamente—. Ya me lo temía.

Él se queda en silencio, con una mueca postiza en la cara igual que si le sirvieran en un restaurante un plato demasiado salado. Ya me lo imagino. Sé que

cuando yo me dé la vuelta él recobrará el buen humor.

—Si quieres el certificado de empresa, por pedir el paro o algo, ya me lo dirás. No hay problema.

—Muy bien —respondo con una mueca—. Voy a volver al trabajo.

Me giro y cierro despacio la puerta detrás de mí, agachando la cabeza como una mula. Veo mis deportivas raídas en el suelo pintado de verde a brochazos. Entro en el pasillo número tres y al final veo las anchas espaldas de Parrilla junto a la máquina siete. No para de dar mazazos con la herramienta intentando corregir errores en los pliegues del plástico aún caliente. Parece un androide fabricado para golpear, más que un operario de carne y hueso. Sus fibrosos antebrazos nunca sufrirán una tendinitis. Sobre él se sostiene en uno de los pilares el reloj de agujas detenido en el tiempo.

Llego hasta Parrilla, lo rodeo parcialmente e intento el gesto de estrecharle la mano. Él me tiende el mazo en su lugar y me espeta: *dale duro que hay tajo, nos vemos mañana*. Y me abandona ahí, solo durante las próximas ocho horas de mi vida, con la vista mirando alternativamente cada pieza que

aparece en la correa de producción y el reloj de agujas inmóviles. Resulta una especie de tortura observar un reloj que jamás se mueve cuando trabajas denodadamente. Si Pedro quiere ahorrar en pilas, ¡por lo menos podría deshacerse de ese severo capataz! ¡Pero qué más me da! Dos meses aquí y ya me dan el pasaporte. No llegaré ni al aguinaldo de navidad. La cuarta empresa en lo que va de año. Suma y sigue. Aunque me parece que estoy restando. Debí haber opositado cuando era más joven, recién terminada la infértil carrera. Ahora solo tengo ganas de leer o de jugar al ajedrez. Nada de estudio. Para qué remover unas neuronas que se saben muertas si es por algo que no me gusta.

Transcurren las horas y mis oídos se acostumbran como cada día al afilado zumbido de los insectos electrónicos. Con los guantes de fieltro y el mazo en las manos, Parrilla parece un verdugo. Yo en cambio me asemejo más bien a un esclavo desnutrido. Siento enloquecer cada minuto que pasa. Intento pensar en jugadas maestras, nuevas aperturas, jaque al rey, abajo la torre, adelante los peones. Ojalá pudiera repasar mentalmente todas las palabras de un libro como Kim Peek. Pero yo no soy ningún prodigio. Solo soy un monstruo anónimo que produce

maravillas, juguetes de múltiples formas que algún día serán soñados por pequeños propietarios. Hoy es el chasis de cientos de coches teledirigidos, mañana las piernas de un androide de pvc.

El mes que viene estaré en el paro, sin embargo. Así que el margen de error es muy alto, ¿verdad, Pedro? ¡Pues toma mazazo! Otro error más, ¿quién quiere el coche de Fernando Alonso después de un accidente? Otro y otro más. ¿Para qué medir los golpes?, ahora son melones lo que destrozo, cabezas sangrantes de jefes oriundos montados en audis con tapicería de piel. Cada vez que lanzo un porrazo descargo la rabia contenida. Cien por cien de errores, señor Pascual. ¿Acaso no sabe cómo dirigir una fábrica? ¿Acaso contrata a chimpancés en lugar de seres humanos? Vamos a ver si bato el récord. Que los accionistas pongan el grito en el cielo.

LO HE ENCONTRADO ESTA TARDE en el Café Las Termópilas, un acogedor local que hace esquina con la remasterizada calle Alfonso. Yo bebía un té al limón mientras ojeaba un libro de crucigramas. Él estaba leyendo, concentrado en unos versos de Manuel Vilas. Usa gafas pequeñas, decimonónicas, y fuma con pipa. Al ver su jipijapa descansando junto a un solitario café recién servido no he podido resistirme. Me he acercado a la mesa y he mostrado mi sonrisa más amistosa.

—Disculpe, ¿es usted Carlos Gestau, el escritor?

Él ha apartado lentamente la mirada del poemario y ha asentido casi imperceptiblemente con el mentón. Me mira extrañado por encima de los diminutos cristales. Los buenos escritores no están acostumbrados a recibir multitud de fans a diario, como los futbolistas. Yo lo miro de hito en hito. Es un hombre maduro y de aspecto sobrio. Viste un traje

beige elegante, como la atusada barba que cubre todo el mentón. Sin duda cumple el prototipo de escritor anclado en otro tiempo, en una era en la que los burgueses se distinguían de los proletarios en la forma de vestir. Hoy la diferencia radica en tener una pantalla plana de treinta y dos pulgadas o de cincuenta.

—He leído dos de sus libros, “Teseo en México”, y “Grecia en Llamas”, ¡fantásticos! —de pronto mi antipatía hacia los seres humanos desaparece. Entre los cultivadores de la literatura aún encuentro un resquicio de esperanza.

—He escrito mejores —murmura sonriendo, y seguidamente hace un claro gesto con la mano señalando la silla vacía.

Yo me siento enfrente, contento por saberme aceptado. Hace años que leí sus libros, pero no los recuerdo tan bien como debiera. Ojalá fuera Einstein. Pero me dan igual las matemáticas.

—¿Qué fue la parte que más le costó? ¿La estructura de la obra o la de preparar los personajes? —le inquiero. Parezco un periodista sabiendo que su artículo va a venderse bien. Lamento no tener un bolígrafo y una libreta o una grabadora a mano.

–La estructura, por supuesto –da una larga calada a su pipa, y luego lanza un aliento de dragón en aros de cebolla gris. Parece Gandalf otorgando una íntima rueda de prensa– Al principio era muy caótica.

De pronto me mira enarcando una ceja espesa.

–Disculpe, no le he preguntado su nombre.

–Sergio, Sergio Andrés Dédalo –respondo.

–¿Es un seudónimo? –bromea.

–En absoluto.

Parece que mi rostro se ha endurecido al oír el comentario, porque veo una leve turbación en su mirada.

–Ah, disculpe. Era por referencia a Joyce.

–Lo sé –lo interrumpo. Viejo truhán ese irlandés. Cuántos profesores de literatura habían repetido el chiste al verme por primera vez.

–¿Qué fue lo que más le gustó de ambos libros, si puede saberse? –me pregunta, retomando el protagonismo.

–Sin duda, las metáforas de los insectos.

–¿De veras? ¿los insectos? –ahora me mira extrañado, pero enarca la misma ceja.

–Así es. Es algo que siempre me ha gustado, además en eso existe una afinidad entre ambos.

–Perdone, no le comprendo.

—Yo siempre jugué con insectos cuando era pequeño, como los protagonistas de sus novelas.

—Claro, claro —sonríe.

—Desde entonces siempre incorporo insectos en mis relatos.

—¡Ah! ¿De modo que también escribe?

—Sobre todo leo. Pero tengo alguna cosa escrita, generalmente me dedico al género del terror. Un género denostado, ya sabe...

—Supongo —contesta. Yo no sé si me corrobora o es que no sabe cómo contradecirme y prefiere dejarme satisfecho. Sus novelas no pertenecen al género oscuro, pero espero que su mirada signifique empatía. Me cae bien este hombre.

—Tengo algún relato publicado en revistas —agrego. En cuanto digo esto me arrepiento. Parece que quiero matizar mi insignificancia ante un escritor de relativo éxito.

—¿Ha probado con los certámenes?

—¿Para qué? —le espeto. Vaya, ahora me tomo confianzas. ¿Y si él es jurado?

Él me sonríe, y no hace falta más. Luego mira su reloj de agujas plateado y se excusa, agitándose en el asiento.

–Disculpe, pero he de irme. Tengo una cita con alguien.

–¿Algún editor?

–No, ¡caramba! Con el traumatólogo –responde abriendo los ojos de par en par, resultando más grandes que los cristales de sus gafas.

Yo río la broma sin saber si es tal o no. En cualquier caso tiene su gracia. Carlos Gestau recoge su abrigo y el jipijapa, y con la pipa en la comisura de los labios se despide de mí. Parece que tiene algo de prisa tras ver el reloj.

–Espero que volvamos a vernos –me dice.

–Encantado de haber hablado con usted –le respondo, mientras lo veo salir y caminar calle arriba. Luego pienso que tal vez la despedida ha sido demasiado correcta por mi parte. Encantado de haber hablado... dios, eso está anticuado. Nos vemos, hasta la vista, es lo más normal. Encantado... parece que le estuviera escribiendo una carta. Atentamente, le saludo cordialmente. En fin. Tal vez sí que vuelva a verle. Ni siquiera sé si acostumbra a venir a este café, pero lo frecuentaré en adelante. Ojeo un periódico obsoleto que descansa en la mesa vecina. Un titular me estremece. Cojo el ejemplar y dirijo mi atención a la página veintisiete. Sección cultural: *Muere Bobby*

Fishcher el pasado viernes dieciocho, a los sesenta y cuatro años; para muchos el mejor ajedrecista de la historia. Irónico, sesenta y cuatro casillas. El ajedrez es la vida, dijo. La partida del siglo frente a Spassky. Tengo memorizada aquella partida. Es una lástima. Otro chiflado que deja este mundo de cuerdos descabezados. Tuve la oportunidad de jugar contra su novia húngara en Oviedo, hace muchos años. Perdí, por supuesto. Mamá se rió de mí, aunque ella ni siquiera sabía jugar.

Termino el té y salgo de Las Termópilas derrotado como un persa por la trágica noticia. Durante años quise ser como Fishcher. Pese a que mi madre decía que era una estupidez perder el tiempo con juegos, a los ocho años me apunté a un grupo de ajedrez del colegio. Cuatro años después gané un premio local, luego entré a formar parte de una asociación de jugadores. Siempre tuve al irreverente Fishcher entre mis ídolos, pero ahora el destino se ha cobrado el último chiste. Sesenta y cuatro años. Manda narices.

En plena calle Alfonso hay actores que interpretan aderezando el aburrimiento de la tarde. Hamlet, Otelo, Romeo y Julieta. Trajes vistosos de púrpura y verde. Jubones acuchillados y calzas

blancas. Gestos dramáticos acompañados de lecturas alegres. No sienten lo que dicen, y esto no me gusta en una primera impresión. Son jóvenes, apenas adolescentes. ¿A qué edad escribió Shakespeare su primer verso? Fuck or not to fuck, this is the question today. Al menos los niños les sonrían y se divierten. Quizás solo se trate de eso: conseguir que los críos se diviertan con algo que no tenga que ver con la electrónica o la informática.

Entro en Méndez Núñez sumido en mis pensamientos. Las fachadas se encuentran muy sucias. Las grietas en la pintura de las paredes recuerdan a torsos tostados y llenos de varices. Los meados oscurecen las esquinas y a menudo los gamberros no respetan el único contenedor. A medianoche los escucho hacer carreras con él y jugar al fútbol con las bolsas que sobresalen de la tapadera. No es una buena calle si uno quiere vivir tranquilo, pero es lo único que puedo pagar. Dentro de poco ni siquiera eso. A este paso acabaré durmiendo en algún vestíbulo de sucursal bancaria con cajero automático. Tendré un par de mantas que sustituirán a los cartones durante los primeros meses, y supongo que abandonaré el té para pasarme al vino rancio y barato de los vagabundos. Alguna

mañana una pareja de policías me ordenará que me largue lejos. Entonces iremos yo, mis cartones y mi tablero de ajedrez a algún albergue donde discutiré con alguien por un plato de sopa y me rajarán el vientre. Así acabará todo. Aunque lo más probable es que encuentre otro empleo temporal con el que alargar la agonía. Maldito Pedro. Ojalá tenga un accidente.

Alcanzo el portal del viejo edificio donde resido. Antes de sacar la llave de la entrada miro hacia arriba y descubro que me he vuelto a dejar la ventana abierta. Suerte que no llueve desde hace semanas. La última vez se echaron a perder un montón de apuntes de la universidad. Claro que para lo que servían...

Abro el portal y en el vestíbulo encuentro a dos niñitos negros, delgados y de enormes ojos con pupilas azabache, igualitos que en una postal de UNICEF. Juegan a fútbol con una pelotita de goma mientras su madre, una chica más joven que yo pero con un culo enorme, baja las escaleras con un carro de la compra. La saludo y me dirijo hacia arriba. La señora Borlán tiene el patio de luces como una patena. Lástima que no limpie el resto del edificio. Solo atiende a su rellano.

Ya en el interior de mi piso, y antes de quitarme el abrigo, voy a la cocina. Allí me preparo un sándwich de jamón y queso, y con él y una lata de cerveza me acomodo en el sillón del salón. Contengo las ansias de continuar la partida de ajedrez. No hasta esta noche. Pero mi mente se pierde durante unos instantes en futuros movimientos mientras mordisqueo el pan de molde. Después contengo mis cálculos y conecto la lamparilla para leer hasta la noche.

El haz de luz ilumina el marco de una fotografía. Mañana hace un año desde que mamá se fue. Tengo que llevarle flores. Una docena de rosas, o un ramo de claveles. De esos que revenden algunas gitanas después de hurtarlos de las propias tumbas. Quizás ella nunca me cuidó como debiera hacerlo una madre, pero no fue todo culpa suya. Mi padre nos abandonó cuando yo apenas tenía ocho años. Por aquel entonces mi cara era roja de recibir tantas hostias. Cada noche llegaba a casa molesto por haber perdido su dinero apostando en el bar, y yo y mi madre éramos los únicos a quienes podía vencer. Un día conoció a otra mujer y nos abandonó a la mañana siguiente. Luego supe que el muy hijo de puta se había suicidado días después. Por eso mamá

no tenía la culpa de ser así. Es difícil permanecer alegre cuando la vida te ha tratado tan mal. De vez en cuando me parece escuchar a alguien caminar por el pasillo y dirigirse a su habitación. Han sido muchos los clientes, demasiados los camellos. Yo sé que la vida nos endureció y fuimos seres solitarios. Ahora mis únicos amigos son los libros.

Me inclino sobre una mesilla donde descansa un voluminoso texto, y lo abro para retomar su lectura. Son las obras completas de Lovecraft: un ejemplar recopilatorio, pesado como una enciclopedia. Ni siquiera el Necronomicón pesaría tanto. Ya había leído casi todas sus historias durante la adolescencia, pero la edición me pareció tan soberbia que no pude evitar gastar en ella todo el salario de un día de trabajo. Así que me acomodo y me dispongo a disfrutar durante varias horas de esta obra maestra.